

asustamos de nuestro valor. En el momento en que los potentados de Europa se ligan contra nosotros, les ofrecemos el espectáculo de un rey ajusticiado.»

«Nosotros queremos dirigir la revolucion, de miedo que nos envuelva,—añadían los girondinos de este partido,—y para dirigir una revolucion es necesario estar á la cabeza de la pasion que la impulsa. Esta es la de la libertad: la libertad quiere vengarse y defenderse, y el pueblo no estará seguro de ser libre sino cuando haya pasadó sobre el cadáver de un rey. La víctima es culpable, no hay ningun crimen en inmolarla. Los Jacobinos, los Franciscanos, la municipalidad, el partido patriota de la Convencion, los clubs, los periódicos y las peticiones de los departamentos nos mandan juzguemos al enemigo de la nacion. Si resistimos á esta voz del pueblo, nos desconocerá y se entregará en masa á Robespierre, Danton y Marat, y nuestra compasion será nuestro crimen. El cadalso del rey será el trono de su faccion, y nosotros perecerémos sin salvar la cabeza de Luis XVI; dejarémos el imperio á los malvados, y nuestro fatal escrúpulo habrá perdido la revolucion. Guardemos nuestra sensibilidad para nuestras mujeres y nuestros hijos en la vida privada, llevando sólo á los negocios públicos la inflexibilidad de los hombres de Estado. Algunas veces se salvaron los imperios con una gota de sangre: jamás con las lágrimas.»

## XII

Se prolongaron mucho tiempo estas dudas entre las dos facciones de la Gironda, cuya unidad amenazaban romper; pero Sieyes las concilió. Hombre sin odio y sin amor, sólo miraba los negocios con la razon, repugnándole tanto como á Vergniaud se juzgase á un rey á quien ya la victoria habia juzgado, y no reconocia en la Convencion ni el derecho ni la imparcialidad necesaria para un juicio. Sólo veia en inmolar á Luis XVI uno de esos actos de cólera nacional que más tarde hacen avergonzarse á los pueblos que los miran á sangre fria, y que salpican con manchas de sangre la cuna de su libertad. Sieyes esperaba que la reflexion y la justicia conducirian durante el tiempo de un largo proceso el sentimiento público á la opinion del ostracismo, único juicio y suplicio de los poderes caidos; pero Sieyes, que tenia la sangre fria de la inteligencia, no tenia la intrepidez del alma. La política y la timidez le impedian tomar partidos absolutos, y se reservaba siempre la posibilidad de transigir con el miedo y de sufrir la necesidad de las circunstancias. Sus opiniones eran más bien avisos que resoluciones. Aconsejó, pues, á sus amigos los girondinos que prorogasen la dificultad con términos medios que dejasen á cada uno su libertad de opinion sobre el juicio del rey, y que volviesen á enviar al pueblo el fallo definitivo y en última apelacion. De este modo, los girondinos conservarían el crédito necesario para su influencia en la Convencion; hablaría y votaría individualmente cada uno segun la exaltacion de su patriotismo ó la magnanimidad de su moderacion, sin que la opinion de ninguno de los miembros del partido pudiese caracterizar la opinion del partido mismo. Las opiniones en el juicio serian individuales; pero una vez dado el fallo, todos estarían de acuerdo en pedir que este fallo fuese revisado por el pueblo soberano, y de este modo pondrían á cubierto su responsabilidad. Esto fué lo que se llamó *apelacion al pueblo*. El proceso fué resuelto con la reserva de esta medida, que tranquilizaba la concien-

cia de los unos, ponía al abrigo la popularidad de los otros, y concedía á las circunstancias, no la cabeza, sino el juicio del rey. Concedido el proceso por el imperio de un resentimiento nacional que tres meses no habian podido calmar, y bajo la amenaza de los ejércitos extrajeros que impulsaba al pueblo á medidas desesperadas, era fácil prever que ningun partido podría salvar la víctima.

## XIII

Ni Robespierre, ni Danton, ni Marat, ni los girondinos tenían sed de la sangre de Luis XVI, ni creían en la utilidad política de su suplicio; aisladamente, cada uno de estos hombres y cada uno de estos partidos hubiese libertado al rey; pero cara á cara y luchando para ver cuál era más patriota y más republicano entre ellos, estos partidos y estos hombres levantaban el guante que se arrojaban mutuamente. Todos hubieran preferido no hubiese tenido lugar tal reto; pero una vez hecho, el que retrocediese era perdido, y dejaba, no sólo su popularidad, sino su vida en manos del otro; iban á herirse ó defenderse á través del cuerpo del rey. No era ninguna faccion, ninguna opinion, ningun hombre quien inmolaba al rey, sino el antagonismo de todas estas opiniones y de todas estas facciones. Su proceso venía á ser el campo de batalla de los partidos; su cabeza no era el despojo, sino el signo aparente y cruel del patriotismo. Ninguno quería dejar este signo á sus adversarios, y en esta lucha, el rey debía caer bajo las manos de todos.

Una vez adoptado este partido, los girondinos, y Roland sobre todo, quisieron apresurarse á quitar este pretexto de turbulencia y division en la república. Dueños del comité de legislacion, hicieron que se encargase primero á Valazé y despues á Mailhe el relato á la Convencion de los *crímenes*, y despues el juicio del rey. Querían quitar á Robespierre la iniciativa de la acusacion, é imprimir un carácter judicial al proceso del rey, para que la lentitud y la solemnidad de las fórmulas diesen tiempo á la sangre fria y la justicia y al cambio de la opinion en favor de la clemencia.

Hizo Valazé esta primera relación, largo catálogo de los *crímenes* de Luis XVI. Danton se levantó despues de la lectura de esta relacion, y pidió su impresion y el estudio profundo de todos los autos y de todas las opiniones que tuviesen conexión con aquella gran causa. La oculta intencion de eludir la discusion con los trámites de la instruccion se manifestaba á las claras en las palabras de Danton. «En semejante materia,—decía,—es necesario no ahorrar los gastos de impresion. Toda opinion que pareciese sensata, aunque sólo contuviese una buena idea, debe publicarse. La disertacion del relator sobre la inviolabilidad no está completa, y habrá muchas ideas que añadir á ella. Fácil será probar que los pueblos también son inviolables, que no hay contrato sin reciprocidad, y que es evidente que el ex-rey ha querido violar, vender y perder la nacion francesa, y es de eterna justicia que se le condene.»

Petion y Barbaroux hicieron igualmente proposiciones contemporizadoras, al mismo tiempo que cubrían como Danton su secreta humanidad con imprecaciones contra la conducta del rey.

La impaciencia real ó fingida con respecto al juicio de Luis XVI agitaba también las secciones, los periódicos, los Jacobinos y los Franciscanos; oradores erran-

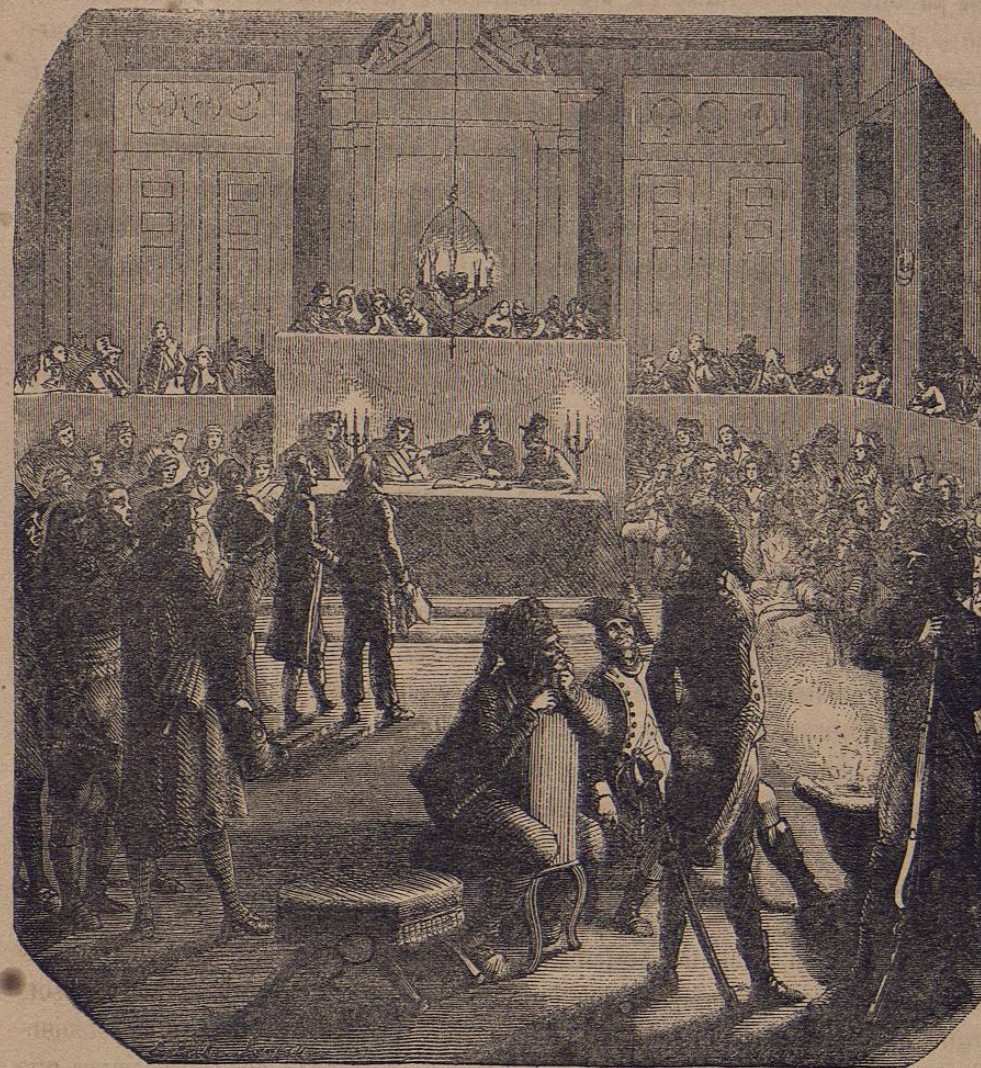
tes levantaban tribunas portátiles en medio de los jardines públicos, é irritaban á la multitud para que pidiese venganza y sangre. El pueblo, dejando su trabajo ántes de concluirse el día, discurría, siguiendo la voz de aquellos agitadores y la inspiración de sus anuncios, desde la puerta de la Convención á la de los Jacobinos y Franciscanos, tomando cada vez más partido por Robespierre, y pidiendo á grandes gritos la prueba de los traidores en el juicio del rey. La municipalidad daba pábulo á estas agitaciones, y por santo á las secciones la traición de Roland y de la Gironda. La insurrección permanente estaba suspendida sobre la Convención.

Ya el rumor público acusaba á los girondinos de tener hambriento á Paris, negándose á establecer el *máximum* del precio de las subsistencias en beneficio del pueblo, ya de desorganizar los ejércitos y de amortiguar el entusiasmo patriótico en la nación, en Saboya, en el condado de Niza, en Bélgica y en Alemania, ya, en fin, de transigir con los realistas y de perdonar, perdonando al rey, la víctima del pueblo y el holocausto de la patria. Marat arrojaba todos los días sobre aquellos gérmenes de odio la centella de su palabra. Sus periódicos estallaban todas las mañanas como aquellos gritos de insurrección que salen por intervalos de una multitud amotinada; eran el eco creciente y multiplicado del furor de la nación. Danton, al mismo tiempo que se mantenía en la reserva, en silencio y un poco separado de ambos partidos, conservaba cierto ascendiente con los Franciscanos, é inteligencias cimentadas en una terrible complicidad con los jefes del ayuntamiento. Robespierre, gloriándose de ser él solo una facción, se conservaba inmóvil en sus principios y en su desinterés, y sin aspirar á nada en apariencia, esperaba que todo viniese á parar á él. Todos los días, en efecto, después de la prematura acusación de Louvet, algunos miembros indecisos de la Convención se separaban del partido de Roland y de Brissot, y venían á afiliarse con el hombre de los principios, éstos por miedo, aquéllos por estimación, y el mayor número por aquel poder de atracción que ejercen, independientemente de su carácter y de sus talentos personales, los hombres que comprenden mejor los dogmas de una revolución, que se unen á ella con más fe, y que los profesan con más perseverancia é intrepidez á través de todas las circunstancias, de todas las fortunas y de todos los partidos. Así, de un lado Marat, Danton y Robespierre, los Jacobinos, los Franciscanos y el pueblo de Paris, del otro Roland, Petion, Brissot, Vergniaud, los diputados girondinos, los federados de los departamentos, los marseleses de Barbaroux y la clase media de Paris, se formaban en dos facciones que iban á despedazarse disputándose la república. Tal era el aspecto de la Convención.

## IV

Pero no era sólo la ambición de gobernar la república lo que creaba estas dos grandes facciones. Estas divisiones tenían su origen en la diferencia de los dogmas revolucionarios que profesaba cada uno de los dos partidos, y en la diferente política que esta diversidad de dogmas inspiraba á sus jefes. Los girondinos sólo eran demócratas de circunstancias; Robespierre y los montañeses eran demócratas por principios. Los primeros no aspiraban, como la Asamblea constituyente y Mirabeau, más que á derribar las antiguas aristocracias de la iglesia, de la nobleza y

de la corte, para reemplazarlas con las aristocracias más modernas de la inteligencia, de las letras y de la fortuna. El trastorno social provocado por los girondinos se detenía en las primeras clases de la sociedad; suprimiendo un trono, una iglesia y una nobleza en la cumbre del Estado, querían conservar todo lo demás. Satisfecho su genio y su orgullo, pretendían detener la revolución, colocar el límite de la democracia detrás de ellos, y dejar subsistir más abajo todas las desigual-



Sala de sesiones de la municipalidad.—Pág. 183.

dades y todas las injusticias, sobre las que ellos solos se habrían elevado por el movimiento que les hubiesen dado.

No ocultaban su predilección hacia la forma de gobierno inglés ó por instituciones senatoriales, que constituirían, si no la majestad del hombre, al menos la supremacía de una clase. Los más avanzados de estos hombres dejaban ver sus tendencias americanas y federativas, que dividiendo la república en grupos distintos é independientes, permitiesen á las influencias y á las familias de las provincias llegar á ser oligarquías de departamento.

Sin descender hasta la turbulenta demagogia de Marat, la política de Robes-

pierre abrazaba en sus planes de emancipacion y de organizacion á todo el pueblo. Todos los hombres ciudadanos, todos los ciudadanos soberanos y ejerciendo segun las formas determinadas por la Constitucion su parte igual de soberanía; perfectas la justicia y la igualdad, fundadas en los derechos de la naturaleza, y distribuyendo por partes iguales entre todas las condiciones y todos los individuos los beneficios y las cargas de la asociacion comun; los frutos hereditarios del trabajo conservados en la propiedad, base de la familia; pero la ley de sucesiones y la equidad del Estado imponiendo sin cesar al rico las cargas más pesadas, aliviando al pobre con los socorros más abundantes sin cesar, y tendiendo de este modo continuamente á nivelar las fortunas á ejemplo de los derechos y de las castas niveladas; una religion cívica que encerrase en su símbolo y expresase en su culto sencillo los dogmas racionales, las fórmulas morales y las aspiraciones piadosas que hacen creer, esperar y obrar á la humanidad; en tres palabras, un pueblo, un magistrado y un Dios; la ley divina expresada y practicada, cuanto fuese posible, en la ley social: hé aquí el ideal de la política de Robespierre.

Era, como lo hemos dicho, la política de Juan Jacobo Rousseau, y remontándose más, se encuentra el gérmen en el cristianismo; ideal divino, al que se faltó mil veces por la imperfeccion de los instrumentos y de las instituciones que intentaron realizarle; ahogado mil veces en la sangre de los mártires de la perfeccion social, pero que, sin embargo, atraviesa todas las decepciones, todas las tiranías, todas las épocas, todos los sueños, y que la humanidad vuelve continuamente á ver brillar delante de ella, si no como un puerto, á lo ménos como un fin.

Una política tal debia fascinar al pueblo. Esta doctrina tenia cómplices en todas las injusticias, en todas las desigualdades, en todos los sufrimientos de las clases desheredadas de la fortuna y del poder, y en todas las aspiraciones generosas de los hombres. Esta doble complicidad de todo lo que sufre de presente y de todo lo que aspira al porvenir era la fuerza de Robespierre. El pueblo sólo veia ambiciosos en los girondinos, y en Robespierre un libertador.

## XV

Pero los miembros de la municipalidad y de los Franciscanos tenian otro motivo para aborrecer y derribar á los girondinos. Dueños de Paris desde el 10 de Agosto, no querian ceder el mando á la Convencion. El instinto de la revolucion les decia que era necesario dar una dictadura á Francia, manejar todos sus resortes á la vez y comunicar á los departamentos, miembros lejanos y frios de la república, ese calor y fiebre que se concentran siempre en ciertos momentos en la cabeza de las naciones. Paris solo, centro y foco de las ideas revolucionarias desde hacia medio siglo, tenia bastante ardor, pasion, fanatismo y autoridad sobre el resto de la república para hacerse imitar ú obedecer, y para ejercer sobre los diputados indecisos ó dispersos de los departamentos una presion de voluntad, de terror y algunas veces de insurreccion, que hiciese de ellos, á su pesar, los instrumentos de la desesperada energía de los principios. Los Franciscanos, la municipalidad y Danton, acordes en esto con ellós, despreciaban en los girondinos aquella moderacion de espíritu y escrúpulos de legalidad, propios, segun ellos, para enervarlo todo en un momento en que todo debia estar tirante y violento

como las circunstancias. Aborrecian, sobre todo, en aquellos hombres de provincia ese espíritu de aislamiento y ese esfuerzo del centro á las extremidades que tendian á poner cada departamento al nivel de Paris, y á no dejar á la capital ni más derechos ni más accion que al último pueblo del Norte ó del Mediodía. «¿Qué nos importan vuestras leyes y vuestras teorías,—decia brutalmente Danton á Gensonné,—cuando la única ley es triunfar, cuando la única teoría para la nacion es la de vivir? Salvémonos primero, y discutirémos despues. Francia en este momento no está en Lille, ni en Marsella, ni en Lyon, ni en Burdeos; está toda donde se piensa, donde se obra y donde se combate por ella. No hay departamentos, intereses separados, ni geografía; no hay más que un pueblo, ni debe haber más que una república. ¿Es en Lyon donde se ha tomado la Bastilla? ¿Es en Marsella donde se ha hecho el 20 de Junio? ¿Es en Burdeos donde se hizo el 10 de Agosto? En todas partes donde hay necesidad de salvarla, allí está Francia, allí está la nacion, una, entera, indivisible. ¿Qué hablais de la tiranía de Paris? Es la tiranía que ejerce la cabeza sobre los miembros, es decir, es la tiranía de la vida sobre la muerte. Sois hombres de desmembracion, nos acusais de sujetar los departamentos, y nosotros os acusamos de decapitar la república. ¿Cuál de nosotros es más culpable? Quereis hacer pedazos la libertad, para que sea débil y vulnerable en todos sus miembros; nosotros queremos declarar la libertad indivisible como la nacion, para que sea inatacable en su cabeza. ¿Cuál de nosotros es más hombre de Estado?»

Sin duda lo era Danton.